

blos, abre uno de los muy contados caminos que conducen al augusto templo de la fama.

No, no está en blanco, señor, la marmórea página en que la excelsa figura de Menéndez y Pelayo fija sus ojos con incesable insistencia: en esa página lee la fantasía, como clara alusión a las penosas vigiliias del estudio y al sazonado y apetecible fruto que las galardona, aquellos hermosos versos de Garcilazo:

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad el alto asiento,
do nunca arriba quien de allí declina.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

DISCURSO

DE DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

Señor, señoras y señores:

Emoción inexpresable invade mi alma ante la solemnidad de este acto. Inaugúrase ese monumento en una hora de ruina y naufragio para el mundo y de reedificación para España: por todas las venas de la nación, antes exangües, siéntese el recio pulsar de una sangre nueva y generosa, en que reviven heroicos atavismos de imprescriptibles grandezas espirituales. Y en la prensa febril y batalladora; en las tribunas de ateneos y academias; en el creciente resurgimiento cultural de las regiones; en el fuerte sabor nacionalista que recobran la arquitectura, la pintura, la música, la literatura y la lengua, que rechazan con brío de salud todo *despatriador* exotismo; hasta en el hervor de la conversación familiar, vibran palabras de alentadora esperanza, palabras y signos proféticos que sólo alcanzan unanimidad tan significativa al rayar la aurora de los grandes renacimientos nacionales.

Todos estos signos y palabras fortificantes convienen en afirmar que el principio de nuestro resurgimiento y de nuestra actuación entre las potencias capitales ha de partir de nuestra reedificación histórica, de la gran revisión de nuestra historia en dos mundos, historia vilmente falsificada por explotadores codiciosos que llegaron a América a la hora de comerciar con lo que a costa de tan sobrehumano esfuerzo descubrimos los que fuimos a ella a la hora de luchar y de morir para agrandar la civilización del mundo. A denunciar ante el gran público esa vil falsificación de nuestra mayor gloria histórica vino recientemente el libro de un norteamericano —¡oh, Providencia!— que, encerrando la verdad y la justicia en el infalible laconismo del documento y del número, trazó con buril de fuego sobre el mapa del Nuevo Mundo la epopeya insuperable de *Los exploradores españoles del siglo XVI*. ¡Y esto es sólo empezar! El día en que nuestra titánica empresa, geográfica, cultural y evangelizadora, aparezca en su asombrosa magnitud, podrá estimar la historia, arrodillada de admiración, la estatura moral de esta España, cuya grandeza harto se revelaba en el empeño que cinco siglos de envidia pusieron en calumniarla y empequeñecerla.

Y en esa magna obra de reconstitución, a la cual aplican hoy los brazos y la mente valentísimos exploradores de nuestro pasado, cabe la gloriosa primacía al mayor español de la España contemporánea, a Menéndez y Pelayo, de quien dijo don Juan Valera con frase broncínea que debiera escribirse en el pedestal de esa estatua: «Antes de él nos ignorábamos...»

Y así era: antes de él, España, calumniada en Europa y en América; España, sin memoria ni voluntad para sí misma, remedadora para todo lo malo extranjero y despreciadora de todo lo bueno propio, ya no se defendía porque ya no se estimaba, porque se ignoraba a sí misma, porque, olvidada la herencia de lo

pasado, rota la cadena histórica, había caído, como dijo el maestro, «en esa segunda infancia, muy próxima a la imbecilidad senil, en que caen los pueblos que reniegan de sí mismos.

Y a recordar por cuanto todos olvidábamos, a reconstituir desde sus raíces prehistóricas el espíritu nacional, vino aquel hombre de multiplicidad milagrosa, que se dio todo a todos y quemó su vida como incienso en el altar de la patria. Su labor inmensa, que es una cosa misma con el cumplimiento de su misión providencial, arranca de su sabia adolescencia; su gloria estalló como trueno formidable a la hora en que cerraban su sepulcro: su popularidad ¿comenzó por ventura? ¡Antes que él tendrán en España estatuas de bronce los toreros y los voceadores de club! Esto dije en Valladolid en 1915, y lo que dije entonces lo repito ahora. Porque esa estatua se cobija y como que se guarda bajo el pórtico del Palacio de las Letras y del Arte, adonde su original dominaba como rey; pero no se alza en la plaza pública culminando sobre las olas de las generaciones hispanas; conviviendo con la España actual, y después con la futura, que le deberán su reconstitución.

Y es que ese monumento, para cuyos iniciadores y edificadores no hallo elogios bastantes, expresa lo que la realidad del sentir colectivo impone: la consagración oficial de Menéndez y Pelayo como polígrafo y como artista; pero no es todavía la apoteosis popular del reedificador de la historia y de la conciencia patria. No lo es porque no podía serlo, porque Menéndez y Pelayo no es popular en España. Y no es popular, no porque su obra sea inaccesible al mayor número de nuestros lectores, sino porque la inconsciencia de los más y el calculado olvido y la acorazada ignorancia de los que a sí propios se llaman educadores de las gentes, escribieron sobre esa obra resurreccional una pa-

labra que entre nosotros equivale a un epitafio, o a un *Inri*, la formidable palabra *erudición*, ahuyentadora de la gran masa de lectores españoles.

Por respeto a la verdad, por gratitud de bien nacidos hacia el reedificador de nuestro genio hispano, por santo deber patriótico, hay que borrar esa palabra esterilizadora y predicar a las gentes el evangelio de españolismo que el maestro dictó en páginas inmortales.

No; la obra de Menéndez y Pelayo—¡tan cálidamente humana, tan *nuéstra* en su heroico brío y prodigalidad genesiaca, tan patriótica, tan avasalladora de todo ánimo español!—no es inaccesible a la gran masa de nuestros lectores; ni hay lector que, una vez gustada la reveladora prosa del maestro, se niegue a recibir aquellos raudales de sapiencia viva que tan sin esfuerzo se le entran por el espíritu desde esas páginas donde él exprimió jugo de mil bibliotecas, haciéndolo mieles castizas que pegan al paladar del alma el fuerte sabor de nuestro etnicismo inconfundible y reviven en nosotros, desde la más remota raíz atávica, el genio milenario y colosal de la estirpe. No, no hay quien se hurte a la iniciación maravillosa que nos lleva a convivir, siglo a siglo, con este sér de tantas almas y de tantas vidas, que es la Patria, de la que cada uno de nosotros somos un momento y un latido; pero que cada uno de nosotros debe integrar en su alma como la integró el maestro en sus páginas eternas.

¡La patria! Hoy, más que nunca, revive en nuestro corazón y se impone a nuestra conciencia ante la soberana lección que nos da la mayor tragedia humana a los que la presenciamos sacudidos por el vértigo desde esta arista de precipicio. ¡Mirad cómo ante el bárbaro empuje de fuerzas que compiten con las de la naturaleza y borran los contornos de las naciones, el espíritu de las nacionalidades se despierta despavorido y heroico, y cuando ceden las fronteras geográficas, se

abrazo a las fronteras espirituales y se vuelve a las sagradas fuentes de su ser, a su historia, que es el alma y la personalidad de los pueblos. Providencialmente coincide la inauguración de la primera estatua del apóstol del españolismo con esta hora apocalíptica en que se nos impone y nos penetra como nunca el impulso vivificador y el sentido profético de la obra de Menéndez y Pelayo, inspirada en tres excelsos ideales nacionalistas: *reedificación, reivindicación y unificación* de la España mayor, tal como Dios y la historia la hicieron: una e indivisible con Portugal; una en carne y en espíritu, en religión, en sangre y en habla con América. Realización de ese triple ideal ingentísimo es la obra del maestro. Diríase que Dios le creó y le dotó excepcionalmente como para tal empresa, y le situó en el tiempo y en los lugares propicios para cumplirla.

Fundido en el más duro bronce ibero, nació en Cantabria y se llamó también Pelayo, como predestinado a completar la obra de nuestra nacionalidad comenzada en Covadonga. Por destinos providenciales estudió sucesivamente en Santander, en Cataluña, en Valladolid y en Madrid; amó en Sevilla, y comenzó en Portugal sus grandes exploraciones bibliográficas, con lo que poco a poco, se adueñó del genio local e histórico de cada una de nuestras regiones; estudió con ahínco a los escritores bilingües, y, llegando a dominar como propias las tres lenguas y las tres literaturas peninsulares, juntó en su mano los múltiples hilos de oro con que se fue tejiendo en los siglos nuestra nacionalidad magnífica, tan compleja y tan una. A la edad en que todos los hombres derrochan locamente la vida, a los veinte años, peregrinaba por Europa, sorbiendo la esencia a todas las bibliotecas, bebiendo el alma estética de todas las civilizaciones, removiendo los yacimientos colosales de treinta siglos de cultura, saludando con un grito de júbilo cada soterrado vestigio del

genio hispano, que él con mente creadora reconstituía e incorporaba a su reedificación enorme. ¡Y ya dejaba trazadas sus magnas síntesis: *La ciencia española, Los heterodoxos, y Las ideas estéticas!*

Aquel heroico esfuerzo de *La ciencia española*—agrandado por el índice prodigioso de la inmensa producción de la España antigua—, que si no demostró—como dijo don Juan Valera—que nuestros filósofos Lull, Sabunde, Vives, Suárez, Fox, Morcillo y otros, superasen a San Anselmo, Alberto Magno, Rogerio Bacón, San Buenaventura, Santo Tomás y Escoto; si no probó que en la edad moderna superasen en esfuerzo y saber nuestros pensadores a los Descartes, Malebranche, Leibnitz, Kant, Fichte y Hegel, ni menos pudo probar que en ciencias exactas y naturales produjese España hombres que superasen a Galileo, Copérnico, Newton, Keplero, Franklin y Edison, quedará siempre en pie, como afirmación magnífica del pensamiento español y de la opulenta aportación española al acervo de la ciencia universal.

Y simultáneamente con tal obra acometía el juvenil polígrafo otra de sus hercúneas hazañas de reconstrucción y reivindicación patriótica, la *Historia de los heterodoxos españoles*, obra que, si no la más equilibrada y perfecta, es, acaso, la más interesante y personal de su autor, aquella en que más entera volcó su heroica y luchadora juventud, obra más sugestiva aún que por el enorme caudal de erudición «bebida en las fuentes» que puso en circulación, por la suma de *historia de almas* que contiene, por la revelación del entonces casi inexplorado mundo de las herejías y las supersticiones en España; por los ríos de animadora vida que surcan su cálida prosa; por las vivientes semblanzas que nos resucitan al Arcediano Gundisalvo, al célebre médico de los Reyes de Aragón y de Sicilia Arnoldo de Vilanova, a Erasmo y sus antagonistas, a Juan de

Valdés y su cenáculo, al «audaz y originalísimo Miguel Servet»; y con los grandes y los trágicos, a los pequeños, a los extravagantes, a los mediocres, desde López de Estúñiga hasta el abate Marchena.

Y sobre todos sus valores filosóficos, históricos y psicológicos, tiene este libro el alto valor patriótico de haber hecho saltar en mil añicos el mentiroso fantasma de nuestra leyenda negra; pues, como dice don Juan Valera—que no compartía las fogosidades católicas del autor—: «prueba (esta obra) que la intolerancia o el fanatismo jamás ahogó entre nosotros el libre pensamiento . . . , patentiza que hemos tenido no menos grandes pensadores heterodoxos que ortodoxos, y nos defiende, por último . . . », de acusaciones tan injustas como la «de haber destruído la civilización hispano-semita (hebráica y arábica) como pretende Draper, por ignorancia o por malicia.»

Y no contento con la magnitud de tal obra, aún la agrandó el excelso polígrafo, en sus postrimerías, hasta convertir las seis páginas, que en la edición primera trataban de las religiones ibéricas, en los asombrosos *Prolegómenos* que abarcan «el cuadro general de la vida religiosa en la Península antes de la predicación del cristianismo,» y abarcan con él toda la arqueología ibérica, reedificación maravillosa que constituye uno de los mayores esfuerzos de la ciencia histórica, mediante el cual vino a integrarse entre las manos del maestro la historia espiritual de nuestra Península.

No cerrado el ciclo heroico de las polémicas y las reedificaciones (de 1876 a 1883), acometió el gran polígrafo una obra ingentísima: la *Historia de las ideas estéticas*, concebida por él solo como «introducción» y base del colosal edificio que pensaba erigir a nuestra literatura. Una obra que es como ancho ventanal florido abierto sobre los espléndidos horizontes de la belleza mundial a cuyo fondo arden con místico fulgor,

como de luna, las claras, bienaventuradas ideas de Platón. Obra de plenitud y de cenit, empresa enorme, inspirada en el patriótico anhelo de sacarnos de nuestro aislamiento suicida, imponiéndose el colosal esfuerzo de comparar nuestras ideas estéticas con las de todas las naciones cultas, realizando así la historia de la estética en Europa; el primer libro español de literatura y estética comparadas, y el mejor que sobre tal materia existe en lengua alguna, el que más Europa trajo a España, el que más España llevó a Europa, el que, más que un libro, es el panteón de los dioses de la belleza universal, que convida a los hombres todos a vivir de la alta vida en la radiosa cumbre de las ideas, más eterna que los astros.

Y así como la *Historia de las ideas estéticas* es un libro europeo, la de la *Poesía hispanoamericana* es un libro intercontinental, étnico; libro que, como producido lejos de muchas fuentes de información, con falta de algunos ineludibles elementos, podrá no ser definitivo—ningún libro de historia lo es—podrá no ser perfecto; pero es más que perfecto, es regenerador, fortificante, sugestivo, casi profético; con él se inicia la magna reivindicación de España como colonizadora y civilizadora de América y se aportan materiales riquísimos para tal reivindicación. Leyéndole sentimos los españoles crecer asombrosamente las fronteras espirituales de la patria, y sentirán los hispanoamericanos hasta dónde las raíces de su cultura propia, castiza, toda española, y sus noblezas todas de sangre, de mente, de estirpe, surgen del seno de la gran madre común, y cómo al extremo de cada una de las raíces de esa cultura resplandece una gota de heroica sangre española, o una centella de nuestro espíritu, alumbrador de mundos; sentirán cómo nuestro dominio fue desde el primer instante penetración, fusión generosa de sangre y de almas, que, desde los días de la conquista hasta

los nuéstrs, produjo españoles americanizados y americanos españolizados, cuyos grandes nombres son gloria común de las dos Españas. Pero de tal libro ya ha hablado aquí quien para ello tiene mayor autoridad y competencia que yo. Básteme decir que sobre ser, como dice nuestro insigne colombiano-español don Antonio Gómez Restrepo, el «único trabajo magistral que existe hoy, entre la literatura del nuevo mundo», ante él se esclarece y revela una gran zona de la edad más interesante en los fastos humanos, zona de gloria para España, que fue borrada por la calumnia antes de haber sido perpetuada por la historia.

Entre las grandes reedificaciones del excelso polígrafo, ninguna, acaso, tan cara al sentimiento nacional como la reedificación de nuestro inmortal teatro, expresión la más entera y representativa del genio de nuestra raza. Nadie ignora que Menéndez y Pelayo no escribió completa y sistemáticamente la historia de nuestra insuperable dramaturgia; pero hizo mucho más: sacudió sobre la fosa del pasado la antorcha de su genio y nos enseñó cómo se resucita todo un arte, y con él los hombres que lo encarnaron.

En cuatro estudios colosales: los *Orígenes de la novela*, los *Prólogos a Lope, Calderón y su teatro*, y la *Historia de las ideas estéticas*, amén de algunas páginas de la de la *Poesía hispanoamericana*, reconstruyó enteros los cuatro grandes siglos de nuestra dramática, desde *La Celestina* hasta el advenimiento del romanticismo. Aquello no es historia, no es investigación, no es crítica; es avasalladora realidad, es vivir tiempo atrás, codearse con los creadores del teatro, asomarse a los cauces de la generación estética y a los caminos por donde las ideas vienen para juntarse en constelación magnífica en las magnas obras-síntesis: es ver cómo se condensa en la mente de Rojas el viviente poema de amor y muerte de *Calisto y Melibea*; ver cómo a lo

largo del siglo XVI se va cuajando la forma nacional; explorar enteros el cosmos dramático y la tormentosa psicología de Lope; reconstituir íntegramente la personalidad, el temperamento y la técnica de Calderón, señalar los múltiples elementos que entraron en la elaboración de *La vida es sueño* y en el mundo alegórico de los *Autos sacramentales*, y asentar los cimientos de la crítica definitiva de Tirso, y señalar, a través del siglo XVIII, la corriente prerromántica que enlaza *La vida es sueño* con *El desengaño en un sueño*, y el teatro trágico-prestigioso de Tirso con el *Don Alvaro*, cumbre del romanticismo. Y, al par que la dramaturgia, revivir la novelística española, desde sus más remotos orígenes hasta Cervantes, en un colosal estudio, que de hoy más será base granítica de la historia del teatro, tanto como de la de la novela, en España.

Estudio donde la penetrante observación crítica, el alto sentido psicológico, el heroico espíritu de reivindicación y apología patrióticas logran su expresión más excelsa, donde hay retratos en cuya ejecución la pluma de Menéndez iguala al pincel de Velásquez cuando éste, en su *manera sintética*, llegó al milagro de pintar suprimiendo el color, al paso que prodigaba el alma.

Y ¿qué decir de la maravillosa *Historia de la poesía castellana en la edad media*? En ella alientan, con vida más recia y amplia que la física, Gonzalo de Berceo, el candoroso trovador de la Virgen y creador de nuestra leyenda romántica; el adiposo y pantagruélico Arcipreste de Hita, autor de la *Comedia humana* medioeval; el canciller Ayala, «portentoso personaje, cuya biografía se identifica con nuestra historia política de medio siglo,» historiador de cuatro reinados, «por primera vez nos presenta el drama en la historia»; Santillana, el egregio, que infundió un alma poética a las nevadas serranías donde se asienta su castillo de romancero; Jorge Manrique, que ató una tierna cuerda elegiaca en el arpa férrea de la poesía de Castilla...

La misma gloriosa divulgación de tal obra me dispensa del comentario, pero no de recordar en esta hora de solemne expectación mundial que en ésta, tanto o más que en sus otras enormes síntesis, pártete el gran polígrafo del concepto de la indivisible unidad de nuestra Península y realiza en la región serena de la verdad histórica su plena unificación, así al afirmar que «el primitivo instrumento del lirismo peninsular no fue la lengua castellana, ni la catalana tampoco... sino la lengua que indiferentemente para el caso podemos llamar gallega o portuguesa, y que en rigor merece el nombre de *lengua de los trovadores españoles*, y que la lírica de los trovadores de Galicia pasó a Portugal con todos los demás elementos de la nacionalidad portuguesa, condecorada luégo con el pomposo nombre de lusitana, por disimular sus verdaderos orígenes que en Galicia y León han de buscarse...»; como al consignar que Teófilo Braga, modificando su primitivo criterio, declaró que «aquella nacionalidad se constituyó únicamente por la tendencia separatista de los antiguos Estados peninsulares»; y lo mismo al estudiar los cancioneros galaico-portugueses, «mostrándonos esta comunidad de tradición, que es la verdadera clave para estudiar el perpetuo y misterioso sincronismo con que se han movido siempre ambas literaturas (que en rigor *constituyeren una sola*).»

Así, en las manos del maestro vemos entrecruzarse las hebras de oro con que se fue tejiendo nuestra nacionalidad moral y literaria, y con el mismo júbilo triunfal le vemos ensalzar las glorias y el espíritu de la literatura catalanoaragonesa y revivir la corte de Alfonso V en Nápoles, y proclamar que en la gloriosa escuela sevillana lucieron los albores del renacimiento, y que «Dante hizo su entrada triunfal por el río de Sevilla con Micer Francisco Imperial,» celebrar al portugués Gil Vicente como al mayor dramaturgo peninsular del

siglo XVI y saludar en el cordobés Juan de Mena la poética adivinación que profetizó la unidad nacional, cuando nos dice: «Fue Juan de Mena de los primeros que tuvieron la visión de la España una, entera, gloriosa, tal como salió del crisol romano, tal como nuestro imperio del siglo XVI volvió a integrarla.»

Para todo ese imperio escribió Menéndez y Pelayo: para la España que la mano creadora entalló como en un solo bloque indivisible entre el Pirineo y las olas de dos mares, y para la otra España de allende el océano, que nuestra hidalga madre no conquistó para poseer manadas de siervos, sino para ensanchar los dominios de Dios y de nuestro espíritu; para el imperio de nuestra lengua, que es el mayor imperio de la historia, porque se asentó en los espíritus y en los espíritus perdura; porque es el arder inextinguible y el reflorcer eterno del alma española, sembrada por tanto mundo. Para todo ese imperio escribió Menéndez y Pelayo, y como si hubiera tenido una vida para cada siglo de nuestro ayer y un alma para cada región de nuestra tierra, en su hospitalaria y profética mente se integró la personalidad milenaria y eterna de la patria española, nunca tan entera y gloriosa como en las páginas de aquel místico del patriotismo, cuyo espíritu se confunde con el espíritu de nuestra nacionalidad sangrada. Porque Menéndez y Pelayo, no sólo reintegró en su mente la personalidad ingentísima de la patria, sino que reveló entero su espíritu y lo levantó al Tabor de la glorificación más excelsa.

Nadie antes que él afirmó y evidenció la potencia y originalidad del pensamiento hispano y la influencia excepcional de España en la educación del mundo: ya imperando sobre Roma con Lucano y con Séneca— además de imperar sobre ella por el heroísmo en Sagunto y en Numancia,—ya alumbrando la Europa del siglo VII con la ciencia de San Isidoro, ya recogiendo

y transmitiendo a Europa el raudal de luces de la civilización musulmana, ya produciendo manifestaciones filosóficas—«creaciones del pensamiento ibero» las llamó el gran polígrafo,—como el *senequismo*, el *averroísmo*, el panteísmo judaico hispano de Aben-Gabirol, el *lulismo*, el *suarismo* y el *vivismo*.... (1); ya anticipándose en más de cien años a la cultura francesa con los Manriques y Santillanas, ya señalando con *La Celestina* el nacimiento del drama en Europa y el advenimiento de una nueva concepción de la vida y del amor, ya completando el planeta y ensanchando como nadie la órbita de la civilización humana, ya produciendo la más original y gloriosa de las literaturas místicas, ya creando el teatro más rico y poético del mundo, ya dictando en el *Quijote* la biblia humana de la edad moderna, ya engendrando en el siglo XVIII «con Hervás la *Filología comparada*, con Andrés la *Historia literaria*»; ya adelantándose al romanticismo europeo desde el estreno de la *Raquel* de Huerta, ya superando a Wálter Scott en el autor de *El moro expósito*, ya rivalizando gloriosamente con Balzac en Pérez Galdós, autor ciclópeo de otra *Comedia humana*.

Al hombre que así integró y exaltó la grandeza y el espíritu de la patria española no es lícito encerrarle en la denominación de erudito, ni aun de historiador literario; pues siendo egregiamente ambas cosas, fue mucho más: fue el historiador de nuestra alma, el reedificador de nuestra conciencia, el nacionalizador de España.

Señor, señores:

Si el acto de hoy ha de ser digno del hombre a quien conmemoramos y del momento decisivo y solemne en que vivimos, permitid que yo, la última, no la menos fervorosa, entre los discípulos del maestro, os pida que, ante su primera estatua, comulguemos todos con el sa-

(1) *Marcelino Menéndez y Pelayo* (1856-1912), por Adolfo Bonilla y San Martín. Madrid, MCMXIV; pág. 146.

grado ideal que inspiró la obra de ese último español de la *España grande*, de la España intangible, una, inmortal, que alienta y actúa, como inagotable energía psíquica, dondequiera que suena esta lengua de conquistadores, de místicos y de creadores de belleza, lengua que no es arcaico montón de palabras hacinadas en el diccionario, que es la mayor fuerza espiritual, y acaso financiera, que circula hoy por el mundo: lengua que, con ambiciosa premura, aprenden ahora pueblos absorbentes que intentan hacer del excelso verbo hispano instrumento de explotación y de dominio de la América que anima con el alma que soplamos en sus labios; que en verdad os digo que el espíritu de una raza no hay quien lo traduzca ni quien lo compre, pero puede haber quien lo resucite; y el resucitador del espíritu que arde en la lengua que hablan ochenta millones de hombres fue Menéndez y Pelayo; y a fe que si cada uno de los españoles de las dos Españas integrásemos en nuestro corazón la patria que revive en las páginas del maestro, aún podríamos asistir a la resurrección de esta gran madre de naciones, aún podríamos ver atarse con los lazos irrompibles del espíritu la mas grande y fecunda alianza étnica de la historia.

GRADO

El 21 del pasado septiembre recibió el título y diploma de doctor en jurisprudencia por el Colegio del Rosario el colegial don Nemesio Benito, natural de Cundinamarca y aventajado alumno de nuestra Facultad. Versó su tesis sobre *La reparación del perjuicio causado por el delito*. Examinaron al graduando el señor Rector, sobre las cuestiones de derecho natural, y los doctores José Gnecco Laborde y Elías Romero, sobre los puntos de derecho civil y penal tratados en la monografía presentada.

Reciba el doctor Benito, dilecto amigo nuestro, los parabienes más cordiales y los votos que hacemos por su felicidad y por el éxito de su carrera.